

BOLETÍN

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAÍS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO III

CUADERNO 2.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO - San Sebastián

La captación de Felipe II

por

Gregorio Marañón

Gracias a la delicada atención de su autor, el Dr. Marañón, podemos anticipar a los lectores del BOLETÍN el presente capítulo del libro "Antonio Pérez", cuya primera edición aparecerá en Buenos Aires de un momento a otro.

Tenía Antonio Pérez sólo 28 años cuando, en Noviembre de 1568, tomó posesión de su cargo de Secretario. Casado con la novia elegida por sus protectores, en regla con la opinión, la fortuna aparecía ante él como un fruto maduro. Los diez años que transcurrieron desde entonces hasta 1578, en que Escobedo apareció traspasado por un estoque en una callejuela de la Corte, son, aunque los menos conocidos, los más trascendentes en la vida de nuestro personaje y los que explican todo lo que pasó después. En estos años, en efecto, ocurrieron dos cosas esenciales: la completa captación de la voluntad de Felipe II por su Secretario; y la pérdida de la cabeza de éste, al encontrarse en la cima de la influencia y del poder.

No se ha insistido lo suficiente sobre el primero de estos dos puntos. La impresión que el joven Antonio produjo en Felipe II debió ser, desde el principio, extraordinaria. Su elegancia y su persuasiva habilidad, le recordarian mucho a Ruy Gómez de Silva, que

fué, sin duda, el hombre al que le unió más espontánea y duradera simpatía. No cabe duda que el Rey prefería este tipo de cortesanos suaves a los hombres de carácter rudo y guerrero, como el Duque de Alba; o a los demás que pululaban alrededor del trono, sin habilidad ni dotes marciales y sí sólo con la ineficaz vanidad de un nombre ilustre. Tal preferencia se explica porque concordaba con su propio carácter, refinado, astuto y pacífico.

La aplicación al trabajo de Antonio y la facilidad con que descubría el punto esencial de cada negocio, presentándoselos a Felipe II como cosa llana, con la solución ya sugerida, le hicieron apoderarse por completo del ánimo real. No fué un Secretario más, con más o menos influencia, sino, durante varios años, casi un ministro único, un verdadero Valido del cauteloso Monarca. Los testimonios contemporáneos de ello, son sumamente expresivos. Cuevas decía: "subió tanto, que Su Majestad no hacía más que lo que el dicho Antonio Pérez ordenaba, por manera que siempre que Su Majestad salía en coche, iba con él; y en las cosas que se ofrecían para recabar de Su Majestad, el Papa y el señor Don Juan de Austria y otros señores acudían a Antonio Pérez para, por sus medios, conseguir de Su Majestad lo que pretendían. Contarini habla de que Antonio era "amado e increíblemente estimado por el Rey"; y en otra parte: "este Antonio Pérez fué el Secretario íntimo del Rey, que tenía en él una confianza absoluta; manejaba todos los asuntos importantes y los más secretos de la monarquía". "El Rey le amaba", comenta el Conde de Luna. Pero más que todos estos juicios nos informa la lectura de los papeles cruzados entre el Monarca y su Secretario, sobre todo los billetes en que Pérez daba cuenta a Felipe de lo tratado en el Consejo, de las noticias aportadas por el último correo o de sus conversaciones con los personajes de la Corte. El Rey le responde al margen, a veces con mayor extensión que su Secretario, de suerte que estos documentos son como un íntimo diálogo en el que, casi invariablemente, Felipe II se amoldaba con docilidad, cuando no extasiado, a las sugerencias de su interlocutor. Para darse cuenta de esta sutil, pero rotunda captación del monarca, es preciso leer los documentos del *British Museum*, sobre los asuntos de Flandes; los de las negociaciones de Portugal; algunos de los publicados en el

Manuscrito de La Haya; y, sobre todo, los de Valencia de Don Juan que conciernen a Italia. Es muy frecuente ver, escrito por la mano regia, al margen de las decisiones del Secretario: "está muy bien lo que habéis ordenado". Y, en verdad, estaba casi siempre muy bien. Admira la habilidad con que Antonio trataba a su señor, recordándole, con tacto sumo, sus olvidos o insinuándole sus equivocaciones. Y, sobre todo, sorprende la hábil resolución con que despachaba por su cuenta muchos negocios, sin dejar a Don Felipe otra intervención que su visto bueno.

El secreto de Antonio Pérez era su conocimiento de los asuntos, su capacidad de trabajo, su buen tino en los trances difíciles y, sobre todo, su arte para manejar el humor del Monarca. Desde niño estaba informado de los secretos del Gobierno, por la convivencia con Gonzalo Pérez, que guardaba en su casa papeles y notas de la enorme cantidad de negocios que habían pasado por su mano. Los juicios de Antonio son, por ello, en ese diálogo cotidiano con el Rey, serenos y severos, impropios de su juventud. Adviértese su perfecto conocimiento de los problemas, sobre todo de los de Italia. Era especialmente ducho en la preparación de ejércitos y armadas. Felipe II, tan lento y propenso a las objeciones de conciencia, por exceso de responsabilidad, debía sentir un grato alivio ante la rapidez y clarividencia con que aquel mozo enfocaba y resolvía lo que parecía más difícil. El Conde de Luna, una vez que le oyó hablar, decía: "desplegó aquella facilidad con que todas las materias graves trataba, en todo género de negocios". La misma impresión produciría, sin duda, en el Monarca. Su máximo elogio como funcionario, lo encontramos en el inteligente Cristóbal de Moura, que siendo ya embajador en Portugal, se atrevió a escribir a Felipe II, al enterarse de que Pérez había sido detenido, juicios nobilísimos sobre su inteligencia y fidelidad.

Trabajaba incesantemente, pese a sus devaneos. "Anoche, a las dos, acabé con los correos", dice en una ocasión. Algunos días llegaban varios correos, copiosísimos, de distintos sitios del Imperio, y la misma tarde los enviaba leídos, resumidos y comentados al Rey; quizá, algunos, un tanto trucados. Y, entreverados con los juicios políticos, aparecen en sus escritos los toques de hábil halago a los

gustos de su señor. Una vez, entre dos decisiones de Gobierno, le habla de las reliquias que Felipe coleccionaba con entusiasmo: "En lo que las reliquias creo bien que Vuestra Majestad mire: una tiene él, rarísima, que es la sábana del sepulcro, que será muy buena para El Escorial". O bien alterna la política con noticias sobre vidrios y pinturas y sobre unas onzas de carmín que el Monarca le había encargado. En otra ocasión, en el curso de graves asuntos, intercala este untuoso párrafo: "bien es que pues Vuestra Majestad trabaja tanto, escoja posturas de más descanso, no sólo en el asiento y en el brazo, pero en el ánimo y en otras cosas".

Esta proclividad hacia la adulación, que en los años de persecución, sobre todo en Francia, se convirtió en lamentable servilismo, era, en sus épocas de prosperidad un arma poderosa. Walsh dice que Antonio Pérez "logró un poder sólo fácil de explicar aceptando que salvó a Su Majestad de infinitas dificultades; y que, como Ruy Gómez, parecía tener un don misterioso, más bien femenino que masculino, para penetrar en el espíritu y en los deseos de los demás, hasta lograr, por una callada sugestión y por sutiles halagos, ser él quien dirigía muchos sucesos importantes". Es un juicio exacto, quizá influido en lo del "carácter femenino" de su sugestión por las noticias que hoy poseemos de su homosexualidad. Más que femenino recuerda al servilismo de las razas perseguidas, a las que casi seguramente pertenecía Antonio; y al que crean las situaciones de inferioridad, como la que, por su origen oscuro, había rodeado la niñez de aquél. Porque cuando se sentía seguro, engallábase y se mostraba arrebatado y colérico.

De esta simpatía con que le distinguía el Rey participaban, en general, los cortesanos. Con todos era por extremo amable, como Ruy Gómez; y no como Gonzalo Pérez. El Conde de Luna, al que citaré constantemente porque fué uno de los más perspicaces observadores de este reinado, decía de él: "De la satisfacción que este hombre dió a todo el mundo, en el tiempo de su privanza, no se puede hablar, pues fué la mayor del mundo; los que despachaba mal, iban más contentos que ahora los que van bien; los Grandes idolataban en él; los ministros le reconocían superioridad, el Rey le amaba..., y supo tener tal traza y maña que todos se perdían por él

y supo hacer amistades; y los extranjeros y la nación italiana, le adoraron y le gratificaron con grandes sumas". Uno de los italianos que visitaron España, en 1577, escribía: "Sabe atenuar y subsanar por la dulzura de sus maneras, los numerosos disgustos que ocasionan la lentitud y parsimonia del Rey". Argote de Molina, en la dedicatoria de la Historia de Tamerlan, le decía que era su nombre "estimado de todos los Príncipes y escogidos entendimientos de aquesta edad". Hasta su gran enemigo Sepúlveda, religioso de El Escorial, que le llama "diabólico hombre", reconoce que era una persona "de muy lindo entendimiento y agudo ingenio y grande hombre de negocios".

Estos testimonios de gentes que le vieron nos explican fácilmente la autoridad que alcanzó con su agrado y con su influencia entre los pedigüefios y cortesanos. Pero es mucho más difícil explicarse el secreto de la entrega de un Rey que puede ser tachado de todo menos de frivolidad. Sabiendo la preocupación de Felipe II, el Prudente, por la rectitud de sus funcionarios y el puntillo con que llevaba la cuenta de las genealogías, resulta extraordinario que hiciera entrega de lo más sagrado para él, después de Dios, el secreto del Estado, a un joven de origen turbio cuyos primeros pasos en la vida le acreditaban de zascandil. Y el favor siguió en los años siguientes, a pesar de que la vida ostentosa de Antonio certificaba sus prevaricaciones. Eran éstas públicas y necesariamente las conocería el Rey, que sabía hasta los chismes menos trascendentales de la Corte. Los mismos tratos de Pérez con la Eboli, seguramente llegaron hasta Don Felipe, puesto que eran comidilla de chicos y grandes; y sólo una puerilidad de los historiadores ha podido dar como buena la especie de que tuvo que venir Esbobedo de Flandes, sorprenderlos holgándose y contárselo al Rey para que éste se enterase de lo que todo el mundo sabía. El Monarca español, que, según el Embajador Tiepolo, "detesta a los hombres viciosos y los castiga severamente"; el que hacía un proceso a cualquiera de sus secretarios en cuanto su vida aparecía, en algo, superior a sus emolumentos; el mismo que desterraba al Duque de Alba por un devaneo amoroso de su hijo, ¿cómo podía vivir entregado a un hombre que derrochaba un lujo escandaloso y

que públicamente sostenía relaciones equívocas con una señora, la más alta de la Corte y, además, viuda de su mejor amigo?

Estas reflexiones nos llevan a un punto inexcusable en esta historia que es el estudio de la personalidad de Felipe II. - Punto de ardua dificultad, porque es siempre difícil llegar a la intimidad de los grandes jefes absolutos. La autoridad absoluta crea, en torno del que la ejerce, una muralla inexpugnable para el observador. Del gran jefe no se ven más que los actos públicos, casi los gestos; y éstos, en el que tiene en sus manos la totalidad del poder, significan muy poco desde el punto de vista psicológico. El valor psicológico de un acto humano depende, principalmente, del conflicto entre la voluntad de realizarlo y las inhibiciones que lo dificultan. En el dictador no hay, apenas, inhibiciones; hace lo que le viene en gana; y se atenúa en él, mucho, ese elemento supremo para el juicio de los actos del hombre, que es el esfuerzo y el riesgo de hacer lo que se quiere contra los obstáculos adversos. He aquí por qué a los jefes supremos sólo se los conoce profundamente si un día son destronados de su poder y tienen que vivir como los demás. Entonces, es muy frecuente que aparezcan como unos pobres diablos. Sólo los que superan esta prueba de volver a la vida del hombre del montón sin perder su prestigio, pueden, en verdad, considerarse como seres superiores. Así, por ejemplo, Carlos V, cuyo retiro en Yuste no amenguó un ápice la magnitud de su gloria imperial.

En Felipe II, este contraste no existió. Murió siendo Rey absoluto, en forma total, del más vasto Imperio de la tierra y tras uno de los más largos reinados de la Historia. No tuvo límite su poder, porque sólo estaba por encima de su voluntad, Dios; y él se suponía su instrumento hasta tal punto, que en más de una ocasión antepuso su propio concepto del servicio de Dios al del representante de Dios en la tierra. De aquí el que las críticas más duras de este Rey no hayan sido, como quieren sus apologistas, las inspiradas en un espíritu anticatólico y antiespañol; sino las de los católicos puritanos y papistas. Tan atroces como los ataques de Guillermo de Orange son los ataques a Felipe II del Papa Paulo IV. Tenía el Rey español un concepto casi divino de lo que significaba su gracia, la gracia real. Ya antes se ha hablado de este aspecto esencial para comprenderle

y para comprender a los que le rodeaban. Uno de sus biógrafos ha observado sagazmente que en la impasibilidad con que repartía beneficios y castigos, a veces sin aparente razón, hay como un trasunto de la justicia de Dios, que puede tener, para los hombres, apariencia de arbitrariedad. Un hombre así, es necesariamente esclavo de su gesto y el bien o el mal de su alma se trasparenta apenas en su acción. Por otra parte, desde fuera rodean al dictador murallas de respeto o de miedo, de adulación o de odio, que contribuyen a ocultar su personalidad verdadera.

Todo esto explica la falta de substancia y de penetración de muchos de los estudios sobre este Rey. Los autores se limitan a considerarle como bueno—el mejor Rey que ha habido nunca—o como malo—el peor de los tiranos que haya existido jamás—fundándose casi exclusivamente en anécdotas tendenciosas: que en cualquier hombre público las hay para todos los gustos. La pasión política ha contribuido a enturbiar lo que ya era turbio de por sí. Puede decirse que en España ningún otro personaje ha sido tratado con tanta pasión. Se da hoy autoridad de historiador a Fernández Montaña, que estableció la herejía histórica de que todo el que no estuviera en absoluto de acuerdo con Felipe II era su enemigo. A los partidarios del Monarca que hacían, no obstante su entusiasmo, alguna objeción a su política, los llamaba “enemigos solapados” y los incluía en la misma repulsa que a los “enemigos declarados”, considerando a unos y a otros como agentes de una confabulación universal y secreta contra Felipe y, a través suyo, contra España y contra la Iglesia Católica. En este anatema incluía a Cánovas, al Marqués de Pidal, a Sainz de Baranda y a Salvat, a Muro, y hubiera podido incluir al Padre Coloma, cuya poca simpatía por este Rey era notoria. Los últimos acontecimientos políticos del mundo y de España han acentuado este extremismo filipista, con el apoyo de autores extranjeros como Bertrand, Pfland y Walsh. Bertrand, excelente escritor, pero historiador mediocre, tenía una incapacidad absoluta para conocer el alma española; nadie ha entendido más artificiosamente que él a Felipe II, en medio de sus justas alabanzas. Los errores y la falta de información de su libro hacen incomprensible el que sea citado como autoridad. Cuantos hayan viajado, como yo, con Bertrand por España, pueden

certificar la cerrazón absoluta que sus prejuicios—de un derechismo nada católico, a lo León, Daudet—ponían a que viera con claridad lo que tenía delante de los ojos. Los libros de Pfland y de Walsh, muy justos hacia todo lo que tuvo de admirable la política de Felipe II y llenos de simpatía para España, son también justos con los defectos y errores del gran Rey. Fernández Montaña los hubiera incluido en su anatema de “enemigos solapados”; y probablemente, también, al mismo Bertrand. Es curioso que el elogio más incondicional entre los venidos de fuera, del Monarca escurialense, es de un protestante Bratli; pero era hombre liberal y preocupado por la justicia. De los escritores nacionales no hay para qué hablar. El filipismo intransigente de Fernández Montaña y del Padre Zarco—este último, no obstante, excelente investigador—ha alcanzado, en el ambiente propicio de los últimos años, caracteres de fanatismo al que han sido arrastrados incluso eruditos que en épocas anteriores escribieron serenamente y aun adversamente, sobre Felipe II. La pasión es también Historia, pero es necesario considerarla como suceso histórico y no como método histórico.

Felipe II, estudiado sin pasión, aparece no como un santo ni como un demonio, sino, cual todos los hombres, como una mezcla, en un vaso de frágil barro, de buenas y de malas cualidades. Lo bueno de Felipe II fué, como tantas veces se ha dicho, la profundidad de su conciencia y de su responsabilidad de Rey y de representante de la lucha contra la Reforma. Acaso fuera un tanto pecaminosa la soberbia con que lo creía; pero ello es cuestión de teología y no de política.

En su haber ha de apuntarse también su sincera piedad, su espíritu democrático, su amor a la justicia, sin reparar en clases sociales; su entusiasmo por las ciencias y las artes, su ternura de padre y esposo y la resolución con que, cuando era preciso, para el bien común, la sacrificaba; su buen gusto y elegancia y, en fin, la elevación de espíritu con que supo hacerse superior, como pocos hombres de su época, a las supersticiones.

Su mayor enemigo no podría encontrar en él un solo acto que no estuviera inspirado en el amor a sus súbditos. A procurar su felicidad, lo sacrificó todo, incluso su propia vida, que fué de verdadera esclavitud al deber. Los actos seguramente reprobables que cometió, que

fueron bastantes y algunos atroces, tienen la disculpa de que, sin duda, los inspiraba un deseo de ser útil a los españoles y a los ciudadanos de sus demás dominios. Para él la felicidad de sus súbditos consistía en preservarlos de la contaminación herética y a esto sacrificó deliberadamente el interés nacional. Se puede admitir que esto, en definitiva, es lo mejor; aunque entonces podría argüirse que la misión de un Rey temporal es hacer, sagazmente, compatibles los derechos de Dios y los del César; y él, no sólo sacrificó los del César, sino que se puso más de una vez, por su celo excesivo, en pugna con quien, en la silla de San Pedro, representaba a Dios. En este aspecto, le ha perjudicado mucho la comparación con algunos de sus contemporáneos, como Enrique IV de Francia e Isabel de Inglaterra, que siguieron la política contraria, con incalculables beneficios para sus naciones. Pero prescindiendo de su conducta religiosa, llena del desprendimiento romántico de los héroes de los libros de caballería, es evidente que, como Rey de un Imperio material, lo comprometió, y lo transmitió definitivamente desarticulado a sus sucesores.

Todo esto se puede discutir y se discutirá eternamente. Mas en la discusión se valoran méritos y deméritos de calidad excelsa, propios, unos y otros, de un grande hombre de Estado. Suele olvidarse que la categoría de los grandes hombres la dan, tanto sus grandes cualidades como sus grandes defectos. Felipe II, al que ya en su tiempo llamaba, alguien muy poco entusiasta de él, "maestro perfecto en el arte de gobernar", está ya, en efecto, incluido en la breve lista de los estadistas representativos que ha tenido el mundo; si bien sujeto, como todos los demás de su categoría, a la controversia justa y a la que nace de la antipatía o simpatía de los demás hombres.

Frente a estas cualidades, tuvo Felipe II defectos de los que se puede hablar con serenidad, sin que sus panegiristas se escandalicen y sin que extremen el regocijo sus adversarios; pues son, en gran parte, defectos comunes a los demás grandes hombres de su siglo, producto del clima histórico de la centuria, en los que incurrieron también los héroes que se pretenden oponer al Rey español.

El más llamativo de estos defectos, comunes a su tiempo, fué la interpretación llamada maquiavélica de la Razón de Estado, como justificación suprema de la moral política. Se ha discutido si Fe-

lipo II era o no lector de Maquiavelo. Es seguro que lo fué. Pero es un error suponer que sólo procedían con táctica maquiavélica los gobernantes que llevaban en el bolsillo un ejemplar de *El Príncipe*. *El Príncipe* es, tan sólo, el arquetipo escrito de una doctrina que, desde mucho antes, andaba en la mente de todos; y que los gobernantes de entonces, por expedita y eficaz, aceptaban con entusiasmo. Era Felipe gran lector de Tacito; y de sus textos es fácil extraer la misma filosofía que de los libros de Maquiavelo. Tacito, interpretado a su modo, fué el maestro del político de Florencia y, directamente o a través de éste, de la mayoría de las mentes egregias del Renacimiento. No en vano decía Perrot d'Ablancourt en la dedicatoria a Richelieu de su traducción de los *Anales*, que en este libro "se ha engendrado toda la política de España y de Italia; en sus doctos escritos se aprende el arte de reinar; en ellos buscan consejo los Príncipes de la Casa de Austria en los momentos graves".

Todo el ambiente empujaba a los reyes por este camino, más taci-tiano que maquiavélico. Hubiera sido precisa una comprensión genial de las palabras de Cristo, que habían de tardar todavía varios siglos en llegar sin mixtificaciones hasta los tronos, para comprender que la justicia estricta, pura, está por encima de todas las conveniencias políticas e incluso de las conveniencias religiosas; porque a la religión sólo se la sirve, en verdad, como al Estado, con la justicia pura,

Otro de los defectos más profundos de Felipe se debía no a su educación, sino a un defecto de su naturaleza; me refiero a su timidez. A través de los velos y de las pasiones que rodean a este Monarca, se dibuja con claridad en él un encogimiento de ánimo que le venía con la herencia psicopática, desde su tatarabuela, Doña Isabel, la portuguesa, madre de la gran Isabel la Católica, agravada en su abuela Doña Juana la Loca, y también muy manifiesta en su padre, el gran Emperador, que pasaba por fases de tremendo aniquilamiento espiritual, el último de los cuales, con la gravedad de lo involutivo, le llevó al retiro de Yuste. De Carlos V lo heredó él; y también, Don Juan de Austria. Este, aunque templada la herencia depresiva por la sangre plebeya y robusta de su madre, es sabido que tuvo momentos de depresión, en las horas de las graves decisiones, que vencía siempre con ímpetu y generosidad admirables; al final

de su vida, en los días tristísimos de Flandes, reapareció en él la misma decisión de huir que su padre tuvo; y clamaba por encerrarse en una ermita. En Felipe II no se observan, con la misma claridad, las oscilaciones de depresión y de excitación de su padre y de su hermanastro. Su enérgica voluntad, a fuerza de sentimiento religioso del deber, borró, como ocurre en otros hombres de su temple, los altos y bajos del humor y dió a éste una línea casi uniforme; pero de bajo nivel. Era un tímido permanente, sin fases de euforia y de optimismo; y por tímido, desconfiado y cauteloso. En su hijo, en su nieto, los dos Felipes, III y IV, extinguida ya la vena recia, genial, de los primeros Austrias, se desbordó la vena degenerativa, agravada por enfermedades y matrimonios antinaturales, hasta llegar a la piltrafa humana del biznieto, de Carlos II, sombra de hombre y de Rey.

Lo que sus contemporáneos llamaron, en Felipe II, Prudencia, asociando esta virtud a su nombre, era sólo timidez disfrazada por la solemnidad ejemplar que tiene cualquier acto en los jefes indiscutibles. Cánovas del Castillo, historiador al que siempre hay que hacer caso, porque a su conocimiento de los hechos unía el que le daba el trato con las personas egregias, fué, si no me equivoco, el primero que llamó la atención sobre la debilidad de carácter de este Monarca que ha pasado a la Historia como Prudente. Es un diagnóstico inapelable. Basta leer las apologías de sus contemporáneos, por ejemplo la de Porreño, que dedica un largo capítulo a "la rara y admirable prudencia" de Felipe, para convencerse de que no se trataba de prudencia verdadera, que es una virtud activa, de contención inteligente, enérgica y eficaz ante los impulsos; sino de una actitud pasiva, de indecisión ante las resoluciones inevitables, hija de su timidez, bajo la máscara severa de su omnipotencia. No se puede llamar Prudente, a pesar de las anécdotas que pretenden justificarlo, a un Rey que dió toda su confianza, en los secretos de Estado, a hombre de la calidad moral de Antonio Pérez; y que, contra el parecer de todos, encomendó su más trascendental empresa guerrera, la conquista de Inglaterra, a un pobre hombre como Medina Sidonia, del que uno de sus frailes de El Escorial escribía que "si así supiera de cosas de guerra como de vender atunes, no saliera tan poco soldado como salió".

En los contemporáneos de Felipe asoma constantemente esta realidad: sin negar que fuera en ocasiones Prudente, como todos los hombres animados de un deseo de perfección, que él tuvo en alto grado, su Prudencia legendaria no fué prudencia, sino irresolución. Ya Gonzalo Pérez decía que la condición natural del Rey era "nunca resolver nada". Don Rodrigo Manuel escribía en una ocasión a Mateo Vázquez: "Aunque en todas las cosas suele ser mala la dilación, en algunas es irremediable, como lo comienza a ser la de Su Majestad". Se adivina aquí el mal humor de un leal cortesano ante las dudas invencibles del Monarca. Le era la dilación tan grata, que "pará asegurar la buena gracia de Su Majestad", "Gonzalo Moura e Idiáquez, sus secretarios, hacían que los asuntos fueran, a propósito, con lentitud". De otros innumerables testimonios que podría citar, recordaré el colérico apóstrofe de Don Juan de Austria desde Flandes: "No lo deje Vuestra Majestad más a beneficio del tiempo, pues el haberlo hecho nos ha traído al mal estado en que nos hallamos". Poco después, le escribía el Papa Pío V: "Porque Vuestra Majestad consume tanto tiempo en consultar sus empresas, que cuando llega la hora de ejecutarlas, se ha pasado el tiempo y se ha consumido el dinero". Requesens escribía a su hermano, en una ocasión: "Pero Su Majestad tarda tanto en resolver todas sus cosas, que viene después a hacerlas sin tiempo ni razón". Y años más tarde, su propio confesor, el Padre Chaves, que con la proximidad de la muerte se desprendía de la sumisión a su egregio penitente que le hiciera, hasta entonces, colaborar más de una vez en sus yerros, le apostrofaba, hasta el punto de negarle la absolución, porque no hacía justicia con brevedad. Los filipistas de hoy, que sólo quieren ver perfecciones en este Rey, tan humano y tan lleno por ello de profundos defectos, pasan como sobre ascuas por este ambiente de protesta de los más íntimos y los mejores contra la insensata "prudencia" de Felipe II.

La causa de la mayoría de los desastres de su reinado, fué esta lentitud, que no era, repito, prudencia, sino timidez. De su timidez nacía también la suspicacia, que fué otra de sus características. No confiaba enteramente de nadie. Cansábase de los hombres "como de viandas", decía Antonio, en parte por temperamento, en parte por seguir—y los seguía ciegamente—los consejos de su padre, el Empe-

rador, de que "los grandes y supremos cargos del Gobierno y Guerra no los dejase mucho tiempo en uno". Pero desconfiaba sobre todo de los hombres que daban una sensación de fuerza. Esto es lo propio de los jefes que bajo un poder oficial, se sienten, humanamente, débiles. Por eso tuvo de continuo a raya al Duque de Alba, el Consejero de más recia personalidad de cuantos le rodearon; utilizándolo cuando no tenía más remedio y embotando, invariablemente, con un disfavor, cada una de sus glorias. Otros de sus insignes capitanes, el Marqués de Santa Cruz, vivió también en perpetuo trance de perder su gracia. Muchas veces, en el fondo de su suspicacia, de su prudencia, había una verdadera pugna, una ambivalencia, como dicen, y esta vez con acierto, los psiquiatras, entra su doble personalidad, de hombre apocado y de rey dueño de su responsabilidad.

De esta ambivalencia nació su actitud recelosa contra dos hombres de altísima calidad, que la Providencia puso a su servicio y que él malogró, celoso—consciente o inconscientemente—de sus triunfos y de su gloria; me refiero a Alejandro de Farnesio y a Don Juan de Austria. De ello se hablará más tarde. La escondida agresividad de Felipe II hacia su sobrino y hacia su hermanastro, a los que, por otra parte, amaba sinceramente, es uno de los pecados imperdonables de este Rey. En lo que toca a Don Juan, sus consecuencias fueron gravísimas: entre otras, todas las que van a referirse en este libro.

Por la misma razón, sus hombres de confianza fueron siempre gente de personalidad borrosa, como Ruy Gómez de Silva, que voluntariamente se mantenía en la penumbra; y éste fué el secreto de que llegara a ser el único verdadero Privado del Rey Prudente. Aun así, en los últimos tiempos de su vida, su influencia visiblemente decaía. Aparte de otras razones, que más adelante se discutirán, es indudable que el amor con que distinguió a Medina Sidonia, amor que llevó hasta los límites de lesa patria, se basaba en el hecho de ser el buen Duque perfectamente anodino. Ningún Secretario duró más tiempo en su confianza, y más completamente, que el ramplón y adulator Mateo Vázquez. Y la misma protección que dispensó durante una larga temporada a Antonio Pérez no era ajena a la habilidad con que éste se supo presentar, en los primeros años, como humilde instrumento de los designios reales. La lectura de su diálogo epis-

tolar con Felipe II lo prueba. En cuanto el Rey se dió cuenta de que estaba envuelto en la red sutil de su Secretario, su amor se transformó en un odio, que ya no se apagó más.

En momentos determinados de su vida se acentuó esta flaqueza del ánimo. Ya he dicho que Felipe II alcanzó a contrarrestar las oscilaciones de su humor con un esfuerzo de subhumana disciplina. No hay otro modo de combatir el flujo y reflujo de los propios sentimientos. Era tal esa sistematización de su vida, que un contemporáneo cuenta—probablemente exagerándolo, pero la exageración es siempre la caricatura de una verdad—que los cortesanos que asistían a sus comidas afirmaban que en cada una de éstas daba el mismo número de bocados. Su vida estaba llena hasta los bordes de quehacer, para que no cupiera lugar a las exaltaciones ni a los rendimientos. Asombra, leyendo sus infinitas anotaciones al margen de los billetes de sus ministros, el reparto que, por igual, hacía de su atención entre los asuntos más trascendentes y los mínimos. Una vez, a continuación de una orden grave, advierte a su Secretario Mateo Vázquez, que la Condesa de Montalbán no admita como ayuda de salsero a un pobre diablo llamado Juan Gutiérrez. En otra ocasión, cuando Antonio Pérez se fugó de Aragón, entre la balumba de preocupaciones que le embargaban tuvo tiempo de escribir, al margen de un despacho, que se consultase al Presidente Rodrigo Vázquez sobre la indemnización que debía darse a un cochero, al que habían matados las mulas en Zaragoza. Sabía de todo y dónde estaba todo. Un día le enviaba el Presidente Pazos los legajos de los Concilios de Toledo y Salamanca, añadiendo que no había encontrado los de Granada; y el Rey escribía, al punto, en la margen: "Los deberá tener el Doctor Velasco". Este anecdotario, que no tendría fin, ha suscitado la admiración de la posteridad, en cierto modo con razón, pues indica la total entrega de Felipe a su oficio de Rey. Pero no debe perderse de vista lo que en ello había de anormal. No está bien que los reyes se ocupen de los ayudas de salsero, de las mulas muertas y de quién guarda los papeles. Más que como virtud ha de ser interpretado todo esto como borrachera de preocupaciones mínimas, para quitar espacio a las resoluciones trascendentes. En el fondo es lo que hacemos todos para distraernos de lo que nos agobia; pero en Felipe II adquirió la eva-

siva, hija de su timidez en conflicto con su inmensa responsabilidad, colosales proporciones.

Así compuso este hombre extraordinario un artificio de severidad que le defendía de sus propias debilidades; y por artificioso, excesivo. Como dijo de él Quevedo, "dió demasiado crédito al temor". achaque común a todos los dictadores sin fortaleza genuina: que ésta conduce a la autoridad por la generosidad.

En Don Felipe se completaba la aparente fortaleza con los elementos ornamentales, tan necesarios a los dictadores. Alcanzaron éstos en Felipe II extraordinaria perfección. Desde mediada su vida, vestía con la elegante sobriedad que admiramos en sus retratos. El Padre Sepúlveda le describe la primera vez que le vió en el coro de El Escorial, en la Semana Santa de 1584, con "ropa y gorra que parecía puro médico"; y añade: "tampoco tenía espada, que hasta esto noté". Por la impresión que esta sobriedad hizo en el fraile, juzgamos, una vez más, de la capital importancia que para el prestigio del que manda, tienen estos detalles. Hablaba con voz tan baja que los embajadores, en ocasiones, no le oían; a la vez que desconcertaba a sus visitantes mirándoles fijamente. Su gesto típico era acariciarse lentamente le barba puntiaguda: Antonio Pérez no lo olvidó jamás; ni su sonrisa "que cortaba como una espada"; y por eso no llevaba espada al cinto. Así se comprende que hombres de pro, guerreros curtidos o santos varones, se quedasen sin habla delante del Austria. Hasta la excelsa Teresa de Jesús, la más grande mujer de su época, se sintió turbada y casi muda en la única ocasión en que le vió cara a cara. Casi todas las anécdotas que refieren sus apologistas dan la impresión de esta vistosidad teatral del dispensador supremo de la gracia—en esto estaba el secreto profundo de su prestigio—; hasta aturrullar a sus interlocutores. Es, por ejemplo, muy típica esta historia que refiere Porreño: un franciscano, autor erudito de varios libros, pidió audiencia a Felipe II; le fué concedida y el buen fraile, al verse ante el Rey, cayó de rodillas sin articular palabra; lo que, probablemente, no le pasaba nunca delante de Dios. "El Rey le dijo: ¿qué queréis, Padre? El respondió, cobrando fuerza de flaqueza: Señor, cumplir un deseo de toda mi vida de ver a mi Rey y señor; no quiero otra cosa. Luego le preguntó por

Cuenca, sabiendo que moraba allí; le preguntó si estaba acabada la puente de San Pablo y cómo le iba de salud al Doctor Salinas; y le preguntó otras cosas tan menudas, que el fraile salió de su presencia haciéndose cruces". Es evidente que esta anécdota, que elijo porque ha sido muy reproducida, no tiene otra cosa de particular, que el que un hombre inteligente, autor de libros, se santiguase por las mismas nonadas que le hubiera dicho el portero de su Convento. Pero cuando un jefe supremo, a través de su aparato espectacular, pregunta por la puente, esto parece cosa sublime. El Padre Sepúlveda habla, con entusiasmo un tanto chabacano, refiriéndose al Rey de "aquel su grande entendimiento tan grande que Dios le dió". Hoy vemos todo lo que había de circunstancial en este entendimiento-tazo y en aquella majestad.

No son ociosas estas consideraciones porque dan cuenta del contraste entre la apariencia fortísima del Rey y la debilidad de su ánimo, que la heredada timidez tenía en perpetuo sobresalto. Con aquella apariencia de energía se defendía de los peligros de esta timidez. Pero, a veces, la brecha se abría y se hacía accesible a los audaces o a los cínicos. Esto, sin duda, le ocurrió con Antonio Pérez. A las condiciones personales de éste, ya estudiadas, que le hacían especialmente acepto al Monarca, hay que añadir y valorar la influencia de las decisivas circunstancias en que ocurrió la aparición de Pérez en la Secretaría.

Fué, como se ha dicho, el año de 1568: precisamente el más terrible del reinado de Felipe II, el más cargado de sucesos que, como Rey y como hombre, le podían herir y anonadar. Tenía Felipe sólo 41 años, pero tan llenos de pesadumbre y preocupaciones, que los retratos de esta época dan una impresión inconfundible de declinación. Había perdido ya a sus padres y a dos de sus mujeres; todavía no tenía otro heredero que Don Carlos, que era una saeta que le traspasaba el alma; y sobre ello, en el transcurso de los trágicos doce meses, ocurrió la muerte del infeliz heredero, en su cárcel, con la tempestad de malevolencias que despertó en Europa y en la misma España. Poco después, sobrevino el tránsito de Doña Isabel, su tercera esposa, sin duda la que más amó, dejándole sin heredero varón y obligándole, casi antes de que falleciera, a pensar en un cuarto

matrimonio. La mala marcha de los asuntos de Flandes, se agravó con la ejecución de los Condes de Egmont y de Hornes, que, a su perspicacia de gobernante, no se podía ocultar que representaba, como todas las ejecuciones impolíticas, por justas que parezcan, el fracaso de una política y de su ejecutor, el Duque de Alba. En fin, sobrevino, a poco, la sublevación de los moriscos, que enconaba el problema, nunca del todo resuelto, de la unidad interior de España y planteaba otro a su conciencia, de los que más le torturaron: el de su hermano Don Juan de Austria, al que por una parte amaba y por otra temía, porque se adivinaba ya, en su generoso ímpetu y en su creciente popularidad, el posible rival de la autoridad regia, que Felipe asumía con celo incapaz de la más mínima transigencia.

A estos embates de fuera, hay que añadir que en este mismo año sufrió su primer ataque de gota; de gota o de la enfermedad articular y ulcerosa que le atormentó hasta su muerte; contribuyendo a su depresión. Cada vez soy menos amigo de los diagnósticos retrospectivos por razones que en otra parte he expuesto y que la experiencia no hace más que reforzar; pero sin querer se piensa en una infección que entonces andaba suelta en Europa y que él pudo adquirir heredada de su padre. Padeció éste los mismos males que Felipe: depresiones y dolores articulares y además unos de cabeza, tan intensos que sus médicos le aconsejaron que llevara la cabeza rapada, de donde surgió esa moda entre los caballeros de la Corte. Con esta hipótesis se explican la serie inacabable de abortos de sus mujeres; la gran erupción que sufrió Doña Isabel de Valois en la luna de miel; la anosmia que Felipe padeció desde joven; el aspecto envejecido, prematuramente desdentado y con los labios siempre resquebrajados, que se percibe en los retratos y con que le describe Guido de Volterra; y aquella espantosa podredumbre de su cuerpo, de arriba a bajo llagado y supurante, de sus últimos días. Todo ello es difícil de explicar por la simple gota.

Felipe II fué, como todos los hombres, distinto en cada fase de su vida. Sagazmente lo observaba quien le conoció tan bien como Antonio Pérez. Es grave error juzgar a este Rey, de vida tan larga y accidentada, como si hubiera sido siempre el mismo. Independientemente de los cambios de su humor, que dominó con su-

afanosa voluntad de trabajo, hay un mundo de diferencia entre el Felipe sensual, alegre y optimista de la juventud y el Felipe ascético, melancólico e irresoluto de la declinación. Entre el Felipe de la casa de campo, rica, casi pagana, de Saldañuela; y el de los muros severos de El Escorial. La coyuntura entre las dos épocas—podría decirse entre las dos vidas—, la verdadera edad crítica de este hombre, está en aquellos años que rodean al 1568.

En ese momento climatérico, de aplastamiento de la voluntad naturalmente débil, aparece a su lado Antonio Pérez, joven, brillante, decidido a todo, dotado de una facilidad maravillosa para adelantarse a las dudas del Monarca y para dárselas resueltas. Si Moura e Idiáquez halagaban a su señor alentando su parsimonia. Pérez, más inteligente, le ofrecía en cada problema un puente de plata, de eficacia sobre el río de sus indecisiones y sus dudas. Durante todos estos años el diálogo escrito entre Felipe y su Secretario es una lección extraordinaria de captación de un Rey absoluto, pero de voluntad vacilante, por un cualquiera, sin otro poder que su ambición, su conocimiento perfecto de los puntos vulnerables de su amo y la falta de escrúpulos para llegar a su fin.

Claro es que este juego era peligroso. El disponer de la voluntad del que todo lo puede, conduce irremisiblemente a abusar de ella. Y el débil con poder, cuando se da cuenta de que es un prisionero, tarda en reaccionar, pero al fin reacciona y no lo perdona jamás.

Antonio Pérez no se dió cuenta de hasta dónde podía llegar en el ejercicio de su influencia con el Rey. Este desconocimiento de su verdadera situación y, por lo tanto, de su verdadera eficacia, es defecto muy propio de la raza israelita y causa, por cierto, de casi todas sus desventuras. En Pérez, era notorio. Se le escapó de entre las manos Don Felipe y tardó mucho en enterarse. Hoy, al conocer los procesos de su persecución, nos asombran, por ejemplo, las cartas que, poco antes de ser atormentado y condenado a muerte, escribió al Rey, dándole consejos sobre los asuntos palpitantes de la política, consejos sagacísimos, pero que demuestran su absoluta ausencia de la realidad. Felipe II estaba ya fuera de su alcance y estas cartas, apenas leídas, eran enviadas al juez que acumulaba, en silencio, prue-

